

SUBOFICIALES HEROICOS EN AMÉRICA

Por
Luis López Anglada

En estos momentos en que se intenta desvirtuar la acción de España en las tierras de América y gentes irresponsables cierran los ojos a la maravillosa labor civilizadora y religiosa de nuestros mayores en el nuevo continente, conviene recordar algo de lo mucho que fue llevado durante cinco siglos desde España a América. Si a los progresos materiales, religiosos e intelectuales con que se dio personalidad a la nueva raza hispánica surgida allende el mar, unimos la lección de valor, patriotismo y abnegación que, tanto en las guerras de la conquista como en la consolidación del imperio español dieron nuestros guerreros, queremos también dejar aquí, para honor de unos soldados españoles, la lección que, entre muchos cientos de héroes, dejaron escrita cinco suboficiales, humildes, pero sublimes en su heroísmo y que no debe ser olvidado en estos días de conmemoración gloriosa del V Centenario.

No es este el momento de enjuiciar la justicia de las guerras que, con motivo de la lucha por su emancipación, tuvieron lugar en las distintas regiones de Hispanoamérica. Hijos todos de una misma raza y, por ello, dotados de las mismas virtudes militares, no es raro que las contiendas que durante todo el siglo XIX enfrentaron a españoles y criollos fueran sangrientas y encarnizadas. La invasión napoleónica primero y los desaciertos políticos de Fernando VII dieron la razón a unos pueblos que habían alcanzado la madurez y que no fueron entendidos por los gobernantes de España en aquellos tiempos. Pero esto no puede menoscabar la gloria de los soldados españoles que, cumpliendo con su deber, lucharon y murieron en defensa de la bande-

ra y del imperio español. Los últimos años del siglo XIX marcaron el declive de las armas hispanas, pero no la grandeza de sus soldados y buena prueba de ello son estos ejemplos de cinco suboficiales que supieron, cuando todo estaba ya perdido, dejar constancia de su valor y de su heroísmo.

Sargento Don Manuel Domínguez Garrido, héroe de Ramblazo

El año 1895 la isla de Cuba fue escenario de una de las más importantes acciones que, hasta 1898, tuvieron como consecuencia la emancipación de aquella hermosa tierra. El insurrecto Máximo Gómez tenía alzadas en armas las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas y los combates entre cubanos y peninsulares se sucedían sin descanso. Los soldados españoles, al mando del general Martínez Campos derrochaban heroísmo y abnegación. Su espíritu de sacrificio les llevaba a multiplicar sus esfuerzos ante un enemigo que, ayudado desde el exterior por los Estados Unidos, cada vez disponía de más y mejores armas.

Uno de los objetivos que con más frecuencia atacaron los insurrectos fue la línea de ferrocarril que unía las ciudades de Camagüey y Nuevitas. En este último lugar, una torre en construcción que se hacía para defender las vías y que tenía por nombre "El Ramblazo" dio ocasión a que un modesto sargento del regimiento de Infantería Tarragona, núm. 67, escribiese una página gloriosa para la Infantería Española.

El Sargento Don Manuel Domínguez Garrido era el jefe de un destacamento con diecisiete hombres, la mayoría de ellos soldados bisoños que acaban de incorporarse para relevar a los que en él se

encontraban.

El enemigo, unos 300 a cuatrocientos hombres, atacaron por sorpresa los tres frentes de la trinchera que aún se hallaban en construcción causando a los hombres del Regimiento de Tarragona 2 muertos y ocho heridos. Resistieron con heroico valor el ataque los españoles haciendo retirarse con numerosas bajas a los insurrectos que, inmediatamente repitieron el ataque causando a los defensores otro muerto y siete heridos más.

Quedaba, por consiguiente, sólo ileso el Sargento Domínguez y éste, lejos de perder el ánimo ante tan desesperada situación, agravada por la falta de munición después de hora y media de fuego, decidió resistir hasta el final y colocó a los heridos que podían aún usar el machete, en una de las caras del frente y él, con otro Cabo que quedaba, se situó en el hueco de la entrada del fuerte, que ni aún puerta tenía, dispuestos a defenderse hasta morir.

El enemigo, empeñado en conquistar el fuerte, destacó a 25 hombres, armados de machetes, para que se lanzaran al asalto y cuando ya se encontraban cerca de la trinchera se escuchó el silbido del ferrocarril en el que venían refuerzos en auxilio de los bravos defensores. Auxilio que fue posible gracias al aviso que el Sargento Domínguez envió a su Capitán por medio de un soldado, inmediatamente antes de comenzar el combate.

Salvados así los heroicos soldados españoles, la Reina Regente concedió al Sargento Don Manuel Domínguez Garrido, la Cruz Laureada de San Fernando, con una pensión de 600 pesetas. El propio General impulsó al heroico Sargen-

to la preciada condecoración en un acto solemne con las tropas formadas en el mismo frente de batalla.

Sargento D. Ernesto Santamaría Sampayo; héroe de Jacán

Aquel mismo año, otro Sargento Español, Don Ernesto Santamaría Sampayo, del Regimiento Inmemorial del Rey, escribiría, a costa de su vida, una de las más heroicas acciones de la guerra de Cuba.

El Sargento Santamaría estaba realizando, con ocho soldados de su Regimiento, una patrulla de exploración en las inmediaciones del destacamento de Jacán cuando fue acometido por numeroso enemigo, trabándose encarnizado combate. Recibió el Sargento la pequeña ayuda, de un Cabo y cinco Soldados, que le enviaron del Destacamento para su protección y, con esta reducida fuerza intentó avanzar hasta una casa próxima, siéndole imposible conseguirlo al ser rodeado por los enemigos. En tan crítica situación, ordenó el Sargento a su gente que se agrupasen junto a una gruesa palmera dispuesto a resistir hasta el último extremo. Contestó aquel puñado de valientes a las repetidas cargas al machete que el enemigo daba, con descargas hechas con imperturbable calma a la voz de mando del Sargento y al grito de ¡Viva España! Desconcertado el enemigo ante tan tenaz resistencia, que le producía numerosas bajas, apeló a intimarles la rendición prometiéndoles respetar sus vidas, a lo que el Sargento Santamaría replicó: *¡Los soldados del Regimiento del Rey no se rinden nunca!*, cuando, agotadas las municiones, pudo el enemigo acercarse a aquel grupo heroico, se enabló la lucha al arma blanca en la que fue herido el Sargento Santamaría por la espalda, y murió exclamando: *“Muero defendiendo la bandera de la Patria. ¡Viva España!”*. Sólo cinco soldados pudieron escapar con vida de aquel hecho, por el que se concedió a D. Ernesto Santamaría y Sampayo la Cruz Laureada de San Fernando.

Sargento D. Emilio López del Castillo, héroe de Sabanilla de Palma

La misma condecoración fue

ganada, el día 13 de junio de 1896, por el Sargento del Batallón peninsular de Bailén cuando formando parte de la vanguardia de una columna que mandaba el Coronel Mario, el avistar al enemigo cargó sobre ellos, adelantándose a todos, luchando cuerpo a cuerpo y dando muerte a cuatro insurrectos, siendo él herido en la mano derecha, en cuya disposición le hallaron al llegar la vanguardia de su compañía.

Sargento D. Víctor Hortigüela Carrillo

Pertenecía al primer batallón del Regimiento de Sicilia núm. 1. Estaba en Cuba defendiendo el ferrocarril de los atentados continuos de los insurrectos. El día 20 de agosto de 1896, se hallaba en un destacamento que ocupaba una habitación, cuyas paredes estaban formadas por una hilera de ladrillos, sujetas por dos hileras de tablas, que fácilmente eran atravesadas por los proyectiles. Tenía como misión vigilar las vías con 18 hombres sin más armas que sus fusiles, cuando fue atacado por una columna formada por 2.000 insurrectos provistos de artillería. La defensa del débil fuerte puede considerarse heroica. Cuando el fuego de cañón y fusilería arruinó las paredes de su defensa, consideró que, acabadas las municiones y fuera de combate más de la mitad de sus defensores, era necesario retirar la fuerza y los heridos quedándose él con dos soldados haciendo fuego para que creyese el enemigo que continuaba la defensa. Cuando vio a salvo a su pequeña guarnición, continuó haciendo fuego mientras salían los dos soldados que le acompañaban, con los cuales pudo alcanzar al grueso de la fuerza española.

En el expediente contradictorio para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando se consideró que, aunque no salvó su puesto, tampoco lo rindió, sino que lo abandonó cuando estaba completamente deshecho y que era imposible su conservación y que, como digno remate a su brillante comportamiento, logró salvar su guarnición, los heridos y las armas, pues sólo quedó en el fuerte un fusil inú-

til, atendiendo a proteger la vida de sus subordinados antes que la propia, privando al enemigo de todas las ventajas que pudiera prometerse y al cual sólo dejó las ruinas del fuerte.

Sargento D. José Garabito; héroe de la Torre de Colón

La Cruz Laureada de San Fernando, impuesta con honores de Capitán General al frente del enemigo, le fue otorgada al Sargento de Cazadores de Chiclana, Don José Garabito, y a seis soldados de su pelotón que, al mando del Alférez Don Cesáreo Sánchez, defendieron denodadamente la torre óptica de Colón en el camino de Nuevitas a Puerto Príncipe, de los ataques de un enemigo que, confiado en la sorpresa, había intentado el asalto. La vigilancia del fuerte, todo él construido de débiles maderas, frustró el primer intento, pero la superioridad numérica de los insurrectos y el intenso fuego acabó con la mayoría de los defensores, de los que sólo tres quedaron útiles. El Alférez, hacha en mano, repelió los ataques mientras el Sargento y tres soldados más, tras de una débil puerta, continuaron la tenaz defensa. La llegada de refuerzos, avisados por la heroica actuación de un corneta que, en lo más nutrido del fuego, atravesó las líneas enemigas para llevar el aviso al puesto de Mando, salvó la vida de aquellos héroes cuyos nombres serán siempre un timbre de gloria para los soldados de España.

En estos momentos, en que la conmemoración del V Centenario se celebra honrando la memoria de los fabulosos conquistadores del Nuevo Mundo, juzgamos que es de justicia recordar aquellos modestos soldados que, en los últimos años de la presencia española en América, dieron su vida y su gloriosa juventud por su Patria. A ellos siempre, a pesar de todas las insidias y olvidos que los intereses políticos pretendan imponer, les deberá la Patria el glorioso recuerdo de sus nombres y de sus acciones para ejemplo y honor de la Milicia española.